



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 48.

JUEVES 26 DE ENERO DE 1865.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

LA ASTROLOGÍA, por J. J. L.—CORRESPONDENCIA DE MARÍA ANTONIETA, por María Antonieta.—LA HUÉRFANA: Cuento, por Eleuterio Llofriu. n (Continuación).—LA ILUSION DEL POETA, poesía, por Aureliano Ruiz.—SU IMAGEN, poesía, por Aureliano Ruiz.—ELEGÍAS: A Regina, por José Vileta.—EPIGRAMAS, por Miguel A. Príncipe.—LA FLOR DE MIS AMORES: Fantasía, por José Lopez de la Vega.—EN LA ORILLA DEL MAR: poesía, por A. M. de I.—ROCAS CALIZAS EN LA SIBERIA ORIENTAL: Fragmentos de los apuntes de un viajero, por Tomás Wiltam Atkinson.—TODO PASA, poesía, por Augusto Jerez Perchet.—A., poesía, por Antonio Galtero y Forner.—ILUSION: poesía, por Augusto Jerez Perchet.—SERENATA: poesía, por M. F. El Flaco.

LA ASTROLOGIA.

La astrología: hé aquí el nombre de una ciencia que fascina al vulgo: todo cuanto sucede naturalmente sobre la superficie del planeta que habita, depende en concepto suyo del influjo de los astros, especialmente de la luna, y de ahí su afición á los estudios astrológicos. Preocupacion que nació con la ignorancia, llegó al colmo del delirio en la época del paganismo, y si felizmente la vemos en nuestros días notablemente decaída, gracias en primer lugar á la sublime doctrina del Cristianismo que proclama la insuficiencia y esterilidad de los dogmas de la ciencia agorera, y en segundo al entusiasmo hácia el saber, inculcado en modestos ciudadanos á espensas de las publicaciones astronómicas populares que se propagan de la capital á la aldea, su completa estincion parece sin embargo aplazada. Asi se desprende al ver con no poco sentimiento arraigado todavía sus preceptos entre las gentes sencillas del campo, quienes fieles en su mayor parte á las máximas que sobre este particular les legaran sus antecesores, permanecen imbuidas en la supersticion astrológica. Lejos para ellas la idea de que los rayos caloríficos y luminosos ejerzan una acción física ó

química sobre la tierra; lejos la idea de que las masas jueguen en el universo el importante papel que ha proporcionado á Kepler y á Newton un nombre inmortal: la vista del ignorante, avivada por la fantasía, se eleva á las regiones sidéreas y encontrándose de frente con el silencio sepulcral que circunda magestuosamente los globos que pueblan el espacio, concibe un influjo misterioso que no acierta á definir. En la antigüedad se revestia á cada astro de una personificación maléfica ó benigna, á capricho del veleidoso observador, que ejercía su poderosa influencia en el corazon humano, en los animales, en la vegetacion y en el terreno; pero hoy, á Dios gracias, el pueblo imagina solamente la supuesta influencia desprovista de todo aparato mitológico é impío. Ora juzga infructífera la planta que luce sus flores ante la amarillenta luz de luna menguante ó creciente, ora presagia un éxito desgraciado al agricultor, que imprudente aplica la hoz á la vid en otro día que el prefijado por las revoluciones del astro nocturno; unas veces se previene para la época, de viento ó lluvia que le anuncia la entrada de Marte, Júpiter ó Saturno en un signo zodiacal; otras aguarda con impaciencia á que el argentado satélite vuelva su faz á un lado determinado del cielo, para dedicarse á los quehaceres de la caza ó de la pesca.

Estas creencias inocentes religiosamente consideradas, deben igualmente desterrarse, á fin de que no coarten el vuelo que las ciencias toman entre todas las clases sociales. Es preciso poner de manifiesto que los principios en que se apoya el vaticinio de los cambios del tiempo, de las revoluciones atmosféricas, de las operaciones agrícolas que deben prescribirse por las fases de tal ó cual luna, por absurdas coincidencias ó por otras causas inconexas, carecen de fundamento, y que este estudio pertenece á la meteorología, en la cual se indican reglas para verificar tales augurios, si no con certeza, al menos con alguna probabilidad, toda vez que las leyes de la naturaleza que pudiera

servirla de norma subsisten ocultas en su mayor parte.

El campesino no teme los defectos de la luz solar reflejada en la ventana de su aposento ó en una pared vecina, ¿por qué, pues, le inspira tanto temor la reflexion en las rugosidades lunares que distan al minimum 80,000 leguas? La division arbitraria en cuartos asignada al periodo de la revolucion sinódica de la luna, ¿presumirá por ventura que esté relacionada con los vegetales, interviniendo en la madurez de sus frutos, en la duracion de su vida á la fermentacion de sus productos? Pronostique en buen hora la lluvia cuando ornén la luna aureolas rojizas, ó los cúmulos coronados por cirrus adquieran por la tarde proporciones gigantescas; deduzca la proximidad de las tempestades del tinte del sol, del canto de ciertas aves, del centelleo de las estrellas, ó de otros mil síntomas que la experiencia revela ser precursores de algunas vicisitudes meteorológicas; pero absténgase de admitir ideas quiméricas que á nada conducen sino á dejar con frecuencia burlada la cándida credulidad del que las sustenta.

La astrología está en nuestros días totalmente proscrita de los libros científicos; ningún astrónomo, ningún físico la patrocina. Entre los primeros podemos citar al autor de la *Mecánica celeste*, que jamás le prestó su ascenso; preguntándole el rey Luis XVIII qué influencia tiene la luna rosada de abril sobre las plantas, «señor, respondió Laplace, la luna rosada no tiene lugar en las teorías astronómicas.» Mientras, queriendo dejar satisfecho al monarca por el apuro en que habia puesto á los geómetras, fuese en busca de Arago para que le ilustrase, ambos tomaron noticias de jardineros, y quedó fuera de duda la preocupacion tan esparcida de la luna rosada con que vulgarmente se designa la que tiene su lleno en el mes de abril, sin pararse á considerar que valiéndose próximamente 29 1/2 días el intervalo que media de una oposicion á la si-

guiente, es muy posible que se cuenten dos en el mismo mes, ¿á qué lleno correspondería en tal caso la luna rosa?

Pero apresurémonos á decir, que á pesar de lo que llevamos espuesto relativo á lo infundado de la creencia astrológica vulgar, no falta quien, iniciado en las ciencias, participe también de la misma opinión. Mr. Mathieu ha presentado recientemente á la academia de París trabajos meteorológicos, notables por la multitud de datos que ha acumulado, en que habla de la influencia *horaria* de la luna; pero hasta ahora, las conclusiones que en ellos ha formulado el físico francés, no se han eludido de serias objeciones, y por consiguiente no se ha llegado en este terreno á nada definitivo.

Por otra parte, el espíritu de investigación que anima á nuestro siglo, acaba de descubrir una serie de fenómenos excitados por todas las manifestaciones conocidas del agente universal: el calor, la luz, la electricidad originan el *od*. La luz de nuestro satélite contiene crecida cantidad de este fluido que se hace patente á los individuos dotados de la facultad sensitiva, á espensas de una llama vaga y confusa de color purpúreo que aparece á la estremidad de un alambre metálico puesto en comunicación por un extremo con la luz lunar y por el otro con la cámara oscura en que se coloca el sensitivo sometido al experimento. Tal vez entre las emanaciones ódicas y el influjo que nos ocupa, exista alguna relación, pero cualquier juicio que sobre el particular se emitiera, en el estado actual de los conocimientos ódicos, sería cuando menos aventurado.

Ateniéndonos, pues, á lo que la ciencia enseña y la prudencia aconseja, podemos decir que la influencia astronómica, tal como el vulgo la entiende, aun no tiene razón de ser, y que si bien descubrimientos de ayer hacen sospechar la existencia de una influencia extraña que no está ni con mucho demostrada, no tiene con la anterior ningún punto de contacto.

J. J. L.

CORRESPONDENCIA

DE MARIA ANTONIETA.

En la capital del vecino imperio acaba de publicar el editor Dentu, la *correspondencia* de esta malograda reina, que enrojeció con su inocente sangre las gradas de un patíbulo. Las cartas que contiene tan interesante libro, cuya publicación es un verdadero acontecimiento entre los amantes de las letras, han sido recogidas, gracias á los cuidados y la generosidad del señor Conde Pablo Vogt d'Unotstein, exdiputado en el cuerpo legislativo francés, que ha empleado la crecida suma de 80,000 francos en comprar estos documentos á sus diversos poseedores.

Nosotros nos apresuramos á ofrecer al público la traducción de algunas de estas cartas, en que se revela el noble carácter, la ternura y el talento que enaltecían á la desventurada hija de la gran emperatriz María Teresa de Austria, seguros de que nuestros suscritores leerán con gusto lo que escribía en las diferentes situaciones de su vida la que bebió hasta las heces del cáliz de amargura.

La primera carta de la colección, fechada en Viena el 29 de marzo 1770, la escribe María Antonieta á la edad de 15 años, y la dirige al Delfín, á quien no conoce todavía, y á quien su madre María Teresa ha prometido su mano.

AL DELFIN.

«Mi querido hermano señor Delfín:

Gracias mil os doy por las expresiones de benevolencia con que os servís favorecerme. Vuestra bondad me honra mucho, me conmueve profundamente y me hace sentir las grandes obligaciones que me impone; obligaciones que sabré cumplir siguiendo el ejemplo de mi tierna y gloriosa madre, que me ha educado

en el cumplimiento de todos mis deberes, para que con la ayuda de Dios pueda llenar dignamente la nueva misión que me ha sido confiada.

Teneis la amabilidad de pedirme que mi consentimiento en vuestra elección acompañe al de la emperatriz-reina, añadiendo que queréis tenerme también por mi propia voluntad. A esto puedo contestaros, ya que se me autoriza á ello, que he recibido las órdenes de mi madre con tanta satisfacción como respeto, y que en mí encontrareis una esposa fiel y amante que no tendrá mas pensamientos que los de buscar el modo de complaceros, merecer vuestra estimación y mostrarse digna hija de vuestro augusto abuelo.»

A SU HERMANA CRISTINA.

Mayo 1770.

Mi querida Cristina, única á quien me atrevo á abrir las puertas del corazón: he llegado á Augsburgo tan apesadumbrada como la última vez que os escribí.

¡Adios, mi querida hermana, adios! No hago mas que llorar, habiendo tan solo conseguido secar mis lágrimas para escribir á nuestra amantísima madre antes de dejar las fronteras del imperio.

¿Para qué afligirla? ¿Qué diría la pobre, si me creyese mas dispuesta á volver á vuestro lado que á ir al destierro? ¡Sí, al destierro! ¡Cruel destino el de las hijas de los monarcas que tienen que casarse en un extremo del mundo!

¡Cuánta razón tenía nuestra hermana de Nápoles, cuando decía que la tiraban al mar!

¡Yo, que estaba rodeada de los cuidados y de la ternura de una familia que adoraba, y ahora tengo que marchar á un país que me es desconocido! pero, debo callar, porque mi madre no debe haber consentido en nada que causara mi infelicidad, y me ha dado muy buenas noticias del señor delfín.

Perdonadme, querédme mucho y dejad que lllore y que os abrace.»

A SU HERMANA CRISTINA.

«¿Cómo queréis, mi buena y querida Cristina, que os dé detalles? Al prometéroslos he cometido una imprudencia. Estoy tan aturdida y tan trastornada, que ni siquiera me entiendo. Hay tanto ruido cerca de mí y tanta agitación, que procuro no fijarme en ello para no parecer extraña, como vos decís.

Por mi parte voy lo mejor posible y no me ocupo de mas; lo único que me molesta, es que todos me miren como si fuera un animal raro, y nunca aparten de mí los ojos.

Las grandes escenas comenzaron en el Rhin; al llegar al río me llevaron á una isla, donde con mucho gusto me hubiera quedado sola como Robinson, para abstraerme y meditar algunos momentos.

Pero no me dejaron libertad para hacerlo; me llevaron á una casita, que representaba por un lado la Alemania y por el otro la Francia, donde apenas me dieron tiempo para que rezara una oración y pensara en nuestra excelente y querida madre y en vosotras todas, compañeras muy amadas de mis primeros años; las mujeres se apoderaron de mí y me mudaron de pies á cabeza.

Después de esta operación, sin dejarme siquiera respirar, me pasaron á una gran sala, abrieron la parte de Francia y leyeron algunos papeles. Era el momento en que debían retirarse mis pobres damas, que me besaron las manos y se separaron llorando. ¡Dios mío! ¡qué deseos tenía de abrazarlas!

Entonces me presentaron *mi casa francesa* y dejé la isla para hacer mi entrada en Estrasburgo. Salvas de cañonazos, vuelos de campana, mucho mas ruido del que merece vuestra hermana menor...

En un punto llamado el Puente de Berna, vi al rey y al delfín mi señor y mi dueño, que habían venido á recibirme. El Delfín se parece mucho á su retrato; y para haceros

rabiar, os diré que, según el rey, soy yo mejor que el mío...»

A SU AUGUSTA MADRE.

LA EMPERATRIZ MARIA TERESA DE AUSTRIA.

Versalles 2 de Junio 1770.

«Mi muy querida madre y señora:

El día de mi boda había empezado bien y no olvidaba que mi idolatrada mamá nos decía tan frecuentemente cuando todos estábamos reunidos, que la alegría de los pueblos hace la dicha de los príncipes, y me complacía viendo cómo se preparaba una verdadera fiesta pública, cuando de repente estalló una tormenta tan horrible que hizo huir á cuantos estaban en el jardín.

Aun mas desgraciados fuimos en París el día 30 en los fuegos artificiales y los festejos de la ciudad; la multitud fue tan grande, que ocurrieron terribles accidentes pereciendo á centenares las personas aplastadas.

Pedimos al momento datos, pero me temo mucho que no nos lo hayan dicho todo; de todos modos mucho tenemos que hacer para que se olviden tantas desgracias y yo particularmente necesitare de los consejos de mi querida mamá para cumplir debidamente mi difícil cometido.

El señor Delfín está desesperado, pero fiel á su deber, yo tampoco me duermo y tengo siempre delante de mis ojos el tropel de víctimas ocasionadas por nosotros. El rey y toda la real familia siempre mas bondadosos para conmigo; yo estoy inconsolable y temo bastante el día en que el señor delfín y yo haremos nuestra entrada pública en París.

Compiègne 27 de agosto 1770.

Aquí las diversiones no son muy variadas; por la noche, si se juega, se cansa uno bastante. Cuido mucho de no rebajar á nadie, aunque no esté cierta de que observen siempre la misma conducta conmigo; pero desecho mi juicio y soy feliz, porque el rey es muy bueno y el señor Delfín me demuestra mucha deferencia.

Han hecho tocar en el violín algunas sinfonías que han estado lejos de agradarme; yo quisiera música alemana, mas no me atrevo á alabar á nuestro Gluck por no contrariar á nadie, y espero ocasión de soltar una palabra.

Hace algunos días volví á Saint Cyr para dar el velo á una pensionista muy interesante; la ceremonia fue sumamente patética; en todos tiempos he tenido horror de esa vida que separa por siempre del mundo; se necesita para resignarse á ello una gracia muy grande, y al tomar parte en el acto me preguntaba á mí misma si lo que estaba haciendo era clavar el ataúd de una muerta. Ella, por el contrario, tenía muy distintos pensamientos y parecía un ángel que se une á Jesucristo. Salí de la iglesia hondamente conmovida y llevando saludables ejemplos de virtud.

El señor Delfín sigue bueno y caza mucho; yo he asistido á matanzas atroces que á la luz de los hachones tenían lugar en el patio del castillo; se me reían en la cara si decía que esas matanzas eran una crueldad horrible, los perros encarnizados me recordaban el trozo de Isabel que sabeis declamar con tanta propiedad.

Versalles 17 de noviembre 1773.

A medida que el tiempo pasa, procuro estudiar mas y mas mi situación; he seguido el consejo de nuestra buena madre de mostrarme siempre franca y no abrigar susceptibilidades de ninguna especie. Los usos y la etiqueta lo han trastornado todo con frecuencia, sin que desgraciadamente haya tenido una persona á quien confiarme sobre tantos detalles, que por su número y su continuidad se convierten en verdaderos asuntos. El mal consiste en que el rey, cuya presencia dulcificaría y conciliaría muchas cosas, vive muy retirado, siendo siempre que lo veo el mismo para conmigo; el señor Delfín no se queda atrás en bondad;

es muy religioso y amante como nadie de cumplir sus deberes; tiene mucha firmeza natural, y su carácter no se parece al de aquellos que consentirían en entrar en ese género de detalles para hacerse una regla de conducta: sigue derecho su camino sin ocuparse de lo demás. A la confianza no se puede obligar, es preciso que vaya viniendo por sí misma.

No hables nada de esto á nuestra excelente y querida mamá, porque me creería desgraciada y haría mal en afligirse. Quisiera borrar lo que he escrito; pero lo dicho, dicho está. Adios, mi querida Cristina, recibid un tiernísimo abrazo.»

El rey Luis XV enfermo de viruela; María Antonieta envía diariamente á su madre noticias del enfermo, y el día 10 de mayo de 1774 le escribe lo que sigue:

«¡Dios nos proteja! El rey ha muerto.... ¡Que va á ser de nosotros! El señor Delfín y yo estamos temerosos de reinar siendo tan jóvenes. ¡Oh! ¡nuestra buena madre, no economiceis consejos á vuestros desdichados hijos!»

Al día siguiente escribe á su hermano pidiéndole su apoyo y diciéndole, con frases sumamente tiernas, que despues de cuatro años de ventura, se le presenta un porvenir sembrado de espinas, pero que ella trabajará por hacerse digna de su familia y del país que la ha adoptado.

En otra carta no menos tierna y no menos expresiva, manifiesta á la emperatriz María Teresa, el estado en que se hallan tanto ella como su esposo y el temor que abriga al tomar las riendas del gobierno.

Hasta aquí hemos visto las cartas de la delina; ahora vamos á ver las de la reina de Francia.

En todas ellas dará María Antonieta á conocer su talento, la nobleza de su alma y una instruccion poco comun en un sexo. María Antonieta habia hecho muchos estudios y poseia perfectamente el latin, el castellano, el italiano y el francés.

En la primer carta que escribe siendo reina, fechada en La Muette el 18 de mayo 1774, manifiesta que tanto ella como Luis XVI renunciaban sus derechos por el feliz advenimiento; que una y otro están dispuestos á sacrificarlo todo por la felicidad de sus pueblos, la introduccion de mejoras en la hacienda pública, que el rey la amaba mucho y que queria gobernar como padre, terminando con esta magnífica frase:

«Me hablais de obstáculos, decís que hay mil escollos; pardiez que lo sé, aunque sea muy joven para conocerlos.

Me he hecho tan francesa como me ha sido posible, y solo he defendido á los franceses.»

En el 8 de diciembre 1780 escribia á su hermano el emperador José, sobre la muerte de su madre.

«Dejad, hermano mio querido, que os abraze en mi desesperacion, causada por la muerte de nuestra idolatrada madre, nuestra alma, nuestra gloria, tan sensible, tan tierna, tan buena, la madre de sus pueblos que padecia del tiempo que consagraba al sueño, creyendo que lo robaba á su deber y á la felicidad de sus súbditos,

Yo he estado inconsolable y muy enferma, empezando tan solo hoy á secar mis lágrimas y á comprenderme.

Mi pobre pequeña que estaba en mi lecho me preguntaba, como podia, la razon de mi llanto; yo hice que cruzara las manos y que repitiera el nombre de su abuela que allá en el cielo está velando sobre todos nosotros despues de haber sido aquí nuestro consejo y nuestro modelo.

Para vuestros pueblos, querido hermano, es una felicidad que esteis en Viena; pero yo siento con todo mi corazon no teneros á mi lado como hace tres años; ¡hubiera sido tan dulce para mí hablaros de la que nos dió el ser, de vos mismo, de nuestros hermanos y de nuestras hermanas! ¡Cuánto lo necesitaria!

No puedo separarme de la carta que dictó para mí antes de espirar.

Solo su excesiva bondad pudo hacerla pensar en mí en aquellos momentos, y eso lo hizo para enaltecerme, para que progresara el bien. Me recomienda que trabaje con todas mis fuerzas para restablecer la paz; ¡ah! sí, mucho la desearia si alguna parte hubiera en los negocios.

Estais satisfecho de nuestra marina, la que en esta guerra ha encontrado ocasion de distinguirse mucho: el entusiasmo del pueblo es tanto, que difícilmente se le podría contener.

Nada os digo de mí; que al alegrarme de la buena fortuna de la Francia, creo como vos que debo ser muy realista: estad seguro de que cuantos me rodean lo son igualmente, pero que han tenido que ceder por precision política.

El rey me ha prodigado sus bondades en mi infortunio, dándome muestras de sin igual ternura; esto le ha dado ocasion de hablarme de vos, queridísimo hermano, con un afecto y una estimacion que me han conmovido mucho. Vos que habeis podido juzgar de su lealtad y teson en el cumplimiento de la palabra, debeis contar en él como él cuenta en vos.

Tenemos entrambos un vecino muy turbulento que ha hecho bastante mal á nuestra madre siempre que ha podido y que de buena gana incomodaria á los hijos. Yo sé que sois muy perspicaz y que nunca caereis en las redes que os tienda.»

AL CONDE DE MEREY.

16 de Julio 1790.

«He recibido vuestras cartas esta mañana, señor conde, y únicamente tengo tiempo para deciroslo, pues D. se marcha al instante. Nada puedo añadir de nuevo sobre lo que os he dicho, referente á noticias políticas: actualmente no son nada satisfactorias, reinan grandes disensiones en la asamblea, donde combaten unos contra otros, pistola en mano. Todo esto me inspira horror, los legisladores no deben ahorcarse.

París sufre mucho y se queja. El pueblo desea y pide que este estado de cosas termine. ¡Qué Dios nos envíe orden y paz! ¡Adios!»

A SU HERMANO LEOPOLDO.

23 de diciembre 1790.

«Sí, querido hermano, nuestra situacion es atroz; lo siento, lo veo y vuestra carta lo adivina. La naturaleza humana es cruel y monstruosa aunque tenga pruebas singulares de que en el fondo esta nacion no es perversa. Su defecto en una volubilidad extraordinaria. Tiene entusiasmos bélicos que no son duraderos; se deja inflamar y conducir como un niño, y cuando está perdida se le puede hacer cometer toda clase de crímenes, de que luego se arrepentirá para llorarlos con lágrimas de sangre. ¡Llanto estéril y estemporáneo! Me recordais que yo consideré los Estados Generales como foco de turbulencias y esperanza de facciosos. ¡Ah! de entonces acá hemos andado mucho: todos los días se me dirigen insultos y amenazas; á la muerte de mi pobre Delfín, la nacion no dió siquiera á entender que lo notaba.

Desde aquel día, el pueblo no cesa de delirar, mientras que yo estoy constantemente llorando ó devorando mis lágrimas. Cuando se han visto los horrores del 5 y del 6 de octubre, todo se puede esperar ya. El asesinato tiene lugar en nuestras puertas; yo no puedo acercarme á las ventanas, ni siquiera con mis hijos, sin ser insultada por un populacho enloquecido á quien nunca he hecho ningun mal; muy al contrario, á la mayor parte de los que gritan contra mí, los he socorrido con mi mano en mas de una circunstancia.

Estoy resignada á todo evento, y hoy con la mayor sangre fria oigo cómo piden mi cabeza.»

A LA PRINCESA ISABEL, HERMANA.
DE LUIS XVI.

El 16 de octubre á las cuatro y media de la mañana.

«A vos, hermana mia, escribo por última vez; me acaban de condenar no á una muerte

vergonzosa, pues tan solo lo es para los criminales, sino á que vaya á unirme á vuestro hermano; inocente como él, espero conservar su firmeza en los últimos momentos.

Estoy tranquila como se está cuando nada remuerde á la conciencia; mi gran sentimiento consiste en abandonar á mis pobres hijos, que, como sabeis, por ellos vivia; y á vos, mi querida hermana, que en vuestro afecto habeis sacrificado todo para estar á nuestro lado. ¡En qué posicion os dejo! He visto en la misma defensa de la causa que mi hija ha sido separada de vos. ¡Pobre niña! No me atrevo á escribirle por temor de que no le llegue mi carta, dudando aun mucho que podais tener ésta.

Recibid para ellos dos mil bendiciones.

Espero que un día, cuando serán mayores, podrán reunirse con vos á gozar completamente de vuestros tiernos cuidados. Que ambos piensen en lo que yo les he inspirado constantemente; que los principios y la ejecucion exacta de los deberes sean la base de su vida, y con el mutuo cariño y la confianza mutua alcanzarán la dicha, que mi hijo comprenda que en su edad debe siempre ayudar á su hermano con los consejos que la experiencia mas que tiene y que el afecto deben dictarle.

Que mi hijo á su vez prodigue á su hermana los servicios y las pruebas que el corazon inspira; que sepan, en fin, que en cualquiera posicion que se hallen, solo serán verdaderamente felices si están unidos; que sigan nuestro ejemplo; que en nuestra desgracia debimos al cariño los consuelos, porque los momentos de felicidad se sienten doblemente cuando pueden partirse con una persona á quien se quiere.

¿Hay en el mundo nada mas dulce que la familia? Que mi hijo no olvide nunca las últimas palabras de su padre, que yo le he repetido expresamente; que no trate de vengar nuestra muerte.

Tengo que hablaros de una cosa muy triste; sé cuánto os habrá molestado esta criatura: perdonadle, mi querida hermana, pensad que es harto fácil hacer que diga un niño lo que le plazca y que él ni siquiera comprende; ya llegará época en que sabrá preferir á todo vuestra bondad y vuestra ternura por ambos.

Réstame ahora confiaros mis últimos pensamientos. Yo hubiera querido escribirlos desde que empezó el proceso; pero á mas de que no me dejaban escribir, la marcha ha sido tan rápida, que de ningun modo hubiera tenido tiempo para ello.

Muero en la religion católica, apostólica, romana, la de mis padres, en la que he sido educada y la que siempre he profesado; no debiendo esperar ningun consuelo espiritual, porque no sé si hay todavía sacerdotes de esta religion, y aunque los hubiera, el lugar donde estoy los espondria demasiado si entraran. Pido sinceramente perdon á Dios de todas las culpas que he podido cometer desde que nací. Creo que en su bondad, se dignará admitir mis últimas plegarias y las que desde hace largo tiempo le dirijo para que reciba mi alma en su misericordia infinita.

Pido perdon á todos los que conozco y particularmente á vos, hermana mia, de todos los sinsabores que contra mi voluntad os habré causado. Perdono á mis enemigos todo el mal que me han hecho, y me despido de todos mis hermanitos, de mis hermanas y de mis tías.

Yo tenia amigos y la idea de separarme de ellos para siempre y de dejarlos sufriendo, es la única pena que llevo al otro mundo; que sepan al menos que hasta la hora suprema me he acordado de ellos.

Adios, mi buena y tierna hermana, ¡que pueda llegar esta carta á vuestras manos! Pensad en mí mientras esteis en esta tierra; abrazad á mis pobres é idolatrados hijos. ¡Dios mio, Dios mio, cuán doloroso me es dejarlos!

¡Adios, adios! voy á ocuparme de mi alma; como no soy libre de mis acciones, me traerán tal vez un sacerdote; pero protesto que no le diré ni una palabra y que lo trataré como una persona absolutamente extraña.»

MARIA ANTONIETA.

LA HUÉRFANA.

CUENTO POR ELEUTERIO LLOFRIU.

(CONTINUACION.)

Y no faltaba alguno que pasara la noche cantando al compás de la guitarra sencillas coplas junto á la puerta de la casa de Margarita, por si despertaba con ellas á la huérfana. Entre las canciones que Diego oyó una noche, recordaba mucho la siguiente:

Diera por tu amor, Lucía,
cuanto tengo yo que dar:
de mi corazón la calma,
la dulce tranquilidad.

En cuanto corrió la voz en el pueblo de que Pablo quería mucho á la huérfana, enmudecieron los cantares y hubo muchos envidiosos de la felicidad de aquel.

Continuemos sin digresiones.

Apenas llegó Lucía y pronunció aquellas palabras con voz que parecía resonar en el corazón de Diego, según la transformación que en su semblante se pudo notar, este le dió las gracias y una mirada que espresaba mas que cuantas frases hubiera usado para revelar su pasión.

La muchacha bajó pudorosamente la vista y entreabrió los labios para dar paso á un suspiro.

En esto llegó Pablo con su genio alegre y retozon y exclamó satisfecho.

—¡Qué guapa estás, Lucía de mis ojos! ¿Es verdad madre que es una chica como unas estrellas? ¿No es verdad, Diego, que vale mucho? Jesús, Jesús. Me acuerdo tanto de aquella tardecita, allá en los tiempos en que yo era un lloron y pasaste tú como todas las tardes y no sabías como hacerme callar. ¿Quién había de decir que fueras lo que eres?

—Este chico, señor, este chico, siempre tan torbellino, dijo la madre con una satisfacción íntima.

—Sí, siempre lo contrario de Diego... ahí le teneis—replicó Pablito—nunca le veo sonreír, casi nunca: sus amigos me preguntan la causa, y si no fuera por parecer malicioso, yo diría... pero la madre nos ha enseñado que no digamos lo que no debemos....

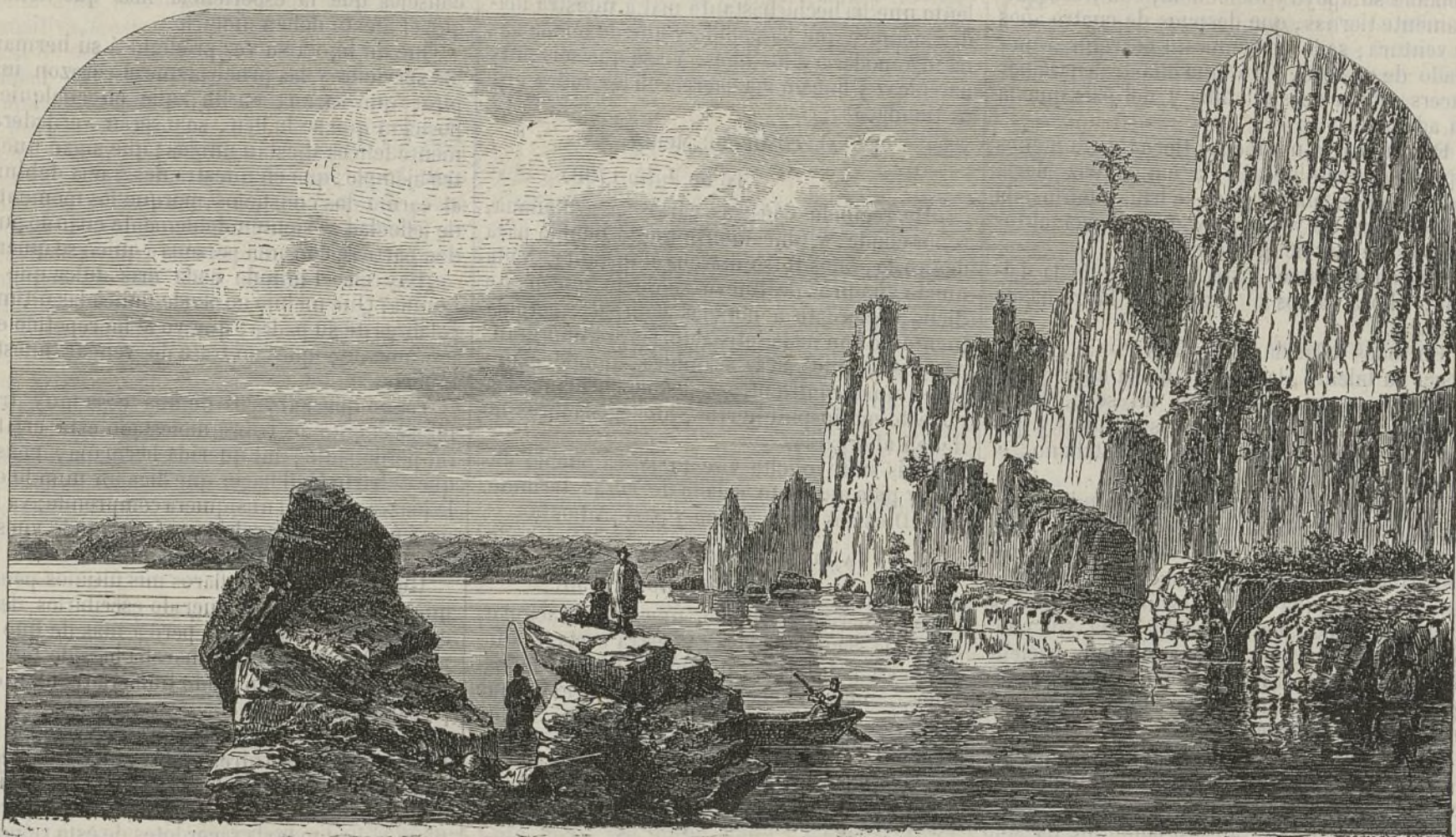
Diego era muy bueno y tomando la mano de Pablo, dijo con cariñoso acento.

—Vamos, dílo, si lo sabes.

Margarita no hizo mas que mirar á Pablo y en aquella mirada le decía: cuidado con ser imprudente.

¡Y cuánto dicen las miradas de las madres para los hijos!

—En fin, el interesado quiere, y no es cosa de compromiso, allá vá:—¿Qué pensaríais vosotros de un hombre que no se ríe nunca, antes bien la tristeza le consume; de un hombre



Rocas calizas en la Siberia oriental.

que se ha alejado de sus amigos y pasea solo, y busca la noche y la soledad, habla con la luna y va por la orillita del mar suspirando; di, Lucía, qué te parece?

Lucía no pudo contestar, bajó los ojos y el rubor asomó á su rostro, como se enrojecen esas nubecillas que aparecen en el ocaso recibiendo los últimos rayos del sol.

—Pues bien, prosiguió Pablo—dicen sus amigos con fundada razón, que está perdidamente enamorado de la hija del tío Lucas, el que vive en la casita aquella al pie de la sierra. Palideció Lucía rápidamente.

Diego miró á Lucía y á su hermano y sonriendo sin gana dijo:—Mal enterado estás.

No sigamos: ya hemos llegado al punto en que la situación se complica.

Ya habreis comprendido vosotras, lectoras de mi alma, que Lucía ama á Diego y que este no ama á otra que á Lucía.

—Y quién no lo comprende?—responde el coro de ángeles para quien escribo estas líneas.

—También hemos podido adivinar que el carácter mas expansivo de Pablo inspira á la huérfana mas confianza y que Diego cree á su hermano preferido por la celestial criatura. ¡Pobrecillo! No sabe que nosotros inspiramos

menos confianza á aquel por quien daríamos la vida, no sabe que

el amor que mas se calla
es aquel que mas se siente.

—Estoy satisfecho: me habeis sacado del apuro en que me encontraba y no tengo que ampliar el asunto con esplicaciones.

V.

Inútil me parece recordar aquí un hecho que despertó en España el sentimiento de dignidad nacional. Con solo anunciarlo, basta para comprender que la pluma al deslizarse sobre el papel en este asunto va impulsada por el patriotismo y el amor á la honra de nuestra querida patria.

Vosotras habeis tejido coronas para los valientes soldados, para los nobles hijos de España que allí vertieron su sangre en defensa del país: vosotras habeis llorado de placer por sus victorias y de dolor, de inmenso dolor por los que allí perecieron.

Era que la barbarie quiso afrentar á la civilización.

Y los heroicos hijos de España se lanzaron á vengar tamaña afrenta.

No entraré en las tristes consideraciones que me sugiere el recuerdo de aquel hecho de armas llevado á cabo por el patriotismo de los españoles: ni es á propósito la ocasión para dirigir acusaciones que darian al cuento el verdadero tinte de la historia.

—Basta de filosofía, querido autor, basta, al asunto.

—Gracias, rubias ó morenas criaturas, gracias, vuelvo á la narración.

Los párrafos anteriores eran para venir á decir que llegó el día en que se trabó la lucha entre España y Africa, lucha que despues de tantos siglos volvió á renacer. Nuestros soldados acudieron al reto que se les lanzaba y combatieron en medio de las privaciones, de las contrariedades del clima, de la horrible epidemia que los diezaba. Por España y para España, he ahí lo que sentia su corazón. ¿Cuál ha sido el resultado de la lucha? Es imposible continuar.

Volvamos á emprender nuestro camino.

La suerte llevó á Diego á las africanas playas, con el dolor de abandonar á su madre, á su hermano y... á Lucía. Pero en medio de todo sentia un impulso patriótico que le arrastraba á defender la ultrajada honra de la patria.

No tuvo fuerzas, no se sintió con aliento suficiente para pronunciar el «adiós» de despedida.

El día antes de salir, abrazó á todos llorando y todos le respondieron con lágrimas.

—Cuidalas, cuidalas, Pablo. Es lo único que nos queda en la tierra.

Estas fueron las últimas palabras de Diego.

Al siguiente día, y apenas el alba sonreía á la tierra, Lucía que no había dormido en toda la noche, hallábase arrodillada en su habitación delante de un cuadro de la Virgen de los Desamparados, y orando con la pureza y el candor de los ángeles. Oyó de repente un ruido

como si abriesen con mucho cuidado la puerta de la calle.

Prestó oído; contuvo la respiración. Un pensamiento terrible cruzó por su mente, y casi no tuvo fuerzas para levantarse del suelo: apoyó una mano en la silla próxima y quiso dudar de que era una verdad lo que creía.



Pinturas al fresco encontradas en las excavaciones de Pompeya.

Después abrió la puerta de su habitación, y salió:

La puerta de la calle había quedado á medio cerrar. Recorrió precipitada todas las habitaciones como una loca. Delante de la puerta de su cuarto, y en tierra, había un ramillete de jazmines y rosas dentro de un papel que decía con letras emborronadas y mal escritas: *Diego á Lucía.*

Ahogó un «ay» que se escapaba de su alma y comenzó á gritar.—Madre, madre!

¡Pablo!—«Se ha ido, se ha ido Diego.»

Salieron de sus habitaciones Margarita y Pablo.—Lucía los condujo á la puerta.

Colocados en medio del camino real que atravesaba por delante de la casa, miraban todos hacía una colina que limitaba el horizonte por la parte del Occidente. El silencio mas pro-

fundo reinó entre aquellos seres por algunos instantes. Después abrazáronse mutuamente, y pidieron á Dios que no los hiciera mas desgraciados.

Diego se hallaba ya á una legua de distancia y aun volvía la mirada al campo de Santa Lucía, y aun creía escuchar los sollozos de su pobre madre, los angustiosos suspiros de Lucía, el «adiós» melancólico de su hermano.

El mar le enviaba aun sus brisas como un recuerdo del amor de la familia.

El sol naciente con sus sonrosados resplandores iluminaba la pobre ermita que tantas veces habia visitado el hijo de la viuda.

Mientras tanto, en la ermita habia dos mujeres arrodilladas y llorando ante el altar de Santa Lucía, iluminado por una lámpara de vidrio.

Un jóven, conmovido profundamente, tenia la vista fija en el mar, y murmuraba una oracion.

Aquella escena terminó, y cuando salieron de la iglesia se pararon ante el camino por donde Diego habia marchado. Margarita enjugaba sus ojos y pronunciaba el nombre de su hijo, Lucía miraba al cielo pidiéndole esperanzas y resignacion, y Pablo, el pobre Pablo, decia, con voz ahogada por el dolor:

—No hay que afligirse, vamos, no hay que afligirse: el cielo nos le traerá sano y salvo y lleno de gloria como defensor de su patria.

—El Señor te oiga y le vuelva á nuestros brazos, hijomio.

Lucía exclamó con esperanza:

—Yo le rezaré á Santa Lucía, y ella hará que nuestros ojos le vean otra vez.

Mucho tiempo pasó sin que nada se supiera del ausente.

La huérfana cumplió sus promesas: iba á la ermita todas las tardes á la caída del sol y al pasar por delante de un jazminero llenito de flores, cogía algunas, formaba un ramito y lo dejaba en el altar de la Santa.

—Cuando él vuelva verá mustios los jazmines, pero sabrá que no lo he olvidado ni un solo día.... ¡pobre Diego!

Los labradores de las cercanías fueron en masa á anunciar á Pablo que se iba formalizando el negocio y que los riffeños se resistian como tigres; los pobres no sabian leer y le llevaron el periódico para que le dijera lo que pasaba.

Siempre era la reunion á la hora de cenar.

Entonces venian los honrados labriegos, traian la cena, y acompañados de las familias incluso los chiquillos que no querian quedarse en casa, entraban en la de Margarita, y celebrábase la reunion con la franca cordialidad de aquellas sencillas gentes.

Pablo tomó el periódico.

Sentóse junto á una mesa sobre la cual habia un velon.

Margarita y Luisa sentáronse al lado del buen Pablo, y fijaron en él la mirada penetrante.

Los labradores y sus familias formaron medio círculo delante de la mesa.

—Empieza, empieza, Pablito—dijo el mas anciano de la reunion.

—Vamos, vamos, que vendrá bueno... replicó un jóven con ansiedad extraordinaria.

—A ver si dice algo de Luis—prorumpió una linda muchacha con el rostro como la grana y trémulo el acento.

—Vengan, vengan los moros... Anda Pablito, cuenta, cuenta, eso que pasa por allá, yo quiero que Diego me traiga un caballo... y en seguida... ¡tarará... tarará... tarará!.. á matar moritos.—Así gritaba un chiquillo recorriendo el semicírculo á guisa de ginete en caballo imaginario.

—Quieto, Bárrabas—dijo la madre cogiendo al chico por un brazo y obligándolo á sentarse á sus pies.

—Jú... jú... jú... yo queria uno caballo;

—Chito!—pronunció la madre señalando á Pablo que empezaba á leer...

(Se continuará.)

LA ILUSION DEL POETA.

¡Es ella! Por do quier reproducida su sombra adoro y su belleza admiro: brilla la luz de sus rasgados ojos como la luz del sol; su rostro divo, blanco como la espuma de las olas, cual horizonte sin celajes, limpio;

toma el tinte de rosa si la encuentro, y el color de la grana si la miro.

De los cabellos que su sien coronan un pálido clavel lleva prendido, que mas luce una flor cuando al acaso viene otra flor á duplicar su hechizo. Túrgido el seno al respirar levanta con blando movimiento, y pensativo escucho inmóvil, respirando apenas, la rauda sucesion de sus latidos.

No hay humano pincel que su hermosura pueda en lienzo copiar, ni hay colorido que imite la mirada de sus ojos, ó la sonrisa de sus labios finos. Si brota arrullador de su garganta el eco de su voz, llega á mi oido como el eco suave y cadencioso del acento que emana de un suspiro.

¡Tanto la adoro! que á dudar empiezo si muero por su amor ó por él vivo; si es ilusion de un sueño ya pasado, ó es realidad de un tiempo ya perdido. Realidad ó ilusion, de luz cercada su imagen llena el pensamiento mio; no puedo amarla mas, que es imposible amarla mas ni con mayor delirio.

No sé como en mi pecho atormentado pudo este amor caber tan infinito, que ardiendo en él la llama de un infierno le alumbraba claro el sol de un paraíso.

¡Quién sabe si este amor, amor del alma, emanacion de un puro idealismo, trocado en realidad, será la última página de la vida de mi espíritu!

AURELIANO RUIZ.

SU IMAGEN.

I.

Es el rostro de mi niña un pedacito de cielo, y en él como dos estrellas brillan sus ojos de fuego. Son sus mejillas rosadas como del sol los reflejos, y mas frescas que las flores con que adorna los cabellos que en ondas de dobles rizos cubren su nevado seno: y desde cerca se notan y se percibe de lejos los rasgos de su belleza y el perfume de su aliento. Ni las señales se observan en la arena del paseo de las huellas de sus plantas que apenas tocan el suelo. Al cielo alzaba la vista cuando la vió mi deseo, y sus ojos reflejaban todas las luces del cielo.

II.

¡Pintor que buscas imágenes que te sirvan de modelo, ven, y retrata á mi niña, si tuvieras para ello, rico el pincel en colores y de inspiracion aliento! Mas dónde están los pinceles que trasladen sobre el lienzo la redondez de sus formas, de su rostro el movimiento?... Asombro de las edades para Apeles hubo templos, vírgenes para Murillo, para Velazquez, guerreros: para pintar á mi niña no bastan humanos genios; yo solo en mi amor profundo, yo solo su imagen puedo reproducir en mi mente para grabarla en mi pecho.

AURELIANO RUIZ.

ELEGÍAS.

Á REGINA.

I.

Las flores que tú me diste Amarillas por el tiempo, Han perdido una por una Sus hojas sobre mi pecho.

En vano intenté afanoso Darles vida con mi aliento, Que cierto dia al besarlas En polvo se convirtieron.

¡Ay! todo amor mio, Váse en polvo convirtiendo; ¡Tan solo vive en mi alma Inmutable tu recuerdo!

II.

En el azul de los cielos Trémula el alba nacia; Agitábanse las flores A los besos de las brisas.

Alzaban el dócil vuelo Cantando las avecillas, Y en los tendidos arroyos Se miraban indecisas...

¡Triste de mí! en torno mio Todo recobraba vida; ¡Solo tú en el frio lecho Inmóvil permanecias!

III.

Al pie de una añosa encina Cubierto por verdes hojas, Encontramos una tarde Un tierno nido de alondras.

Ella, siempre compasiva, Con palabras cariñosas Suplicóme no cogerlas, Que eran pequeñitas todas.

Hoy quizá esas avecillas Sobre su tumba se posan, Y velan el largo sueño De su dulce protectora.

IV.

En la puerta de la iglesia Limosna un viejo pedia; Dábasela el ángel mio Con mano caritativa.

Como trascurrieron meses Y á la hermana no veia, —«Señor, me dijo, ¿y la jóven Que os acompañaba á misa?»

Callé; pero hácia los cielos Mi mano quedó estendida, Y entré en el templo rezando Por la que muerta yacia.

En los ojos del anciano Ví una lágrima indecisa, Lágrima que agradecido Mi corazón recogia.

JOSÉ VILLETÁ.

EPIGRAMAS.

I.

Poner *Visto Bueno* un dia Quiso el alcalde Moreno, Y lo hizo por vida mia; Mas con tal ortografía, Que puso así: «BISTO VUENO.»

Motejóle con razon El fiel de fechos Panzorro, Y escribió á continuacion Del susodicho renglon: «¡Ja, ja, ja! BALIENTE VURRO!»

II.

En Jueves Santo un chicuelo Perdió al juego no sé cuánto, Y...—«¿Ves? le dijo su abuelo: ¡Castigo ha sido del cielo, Por jugar en Jueves Santo!»

—«Podrá ser, le contestó El chicuelo con desden: Pero el que á mí me ganó, Dígame usted, ¿no jugó En Jueves Santo tambien?»

MIGUEL A. PRÍNCIPE.

LA FLOR DE MIS AMORES.

FANTASÍA.

I.

Yo amaba á una flor del jardín del cielo, acariciada por las áuras apacibles de la primavera de la gloria.

Su dulce aroma de vida, era el néctar consolador de mis tristes horas; y cuando sentía un pesar sin límites, sin sosiego y sin reposo, me bastaba mirar su frescura y colorido, y llena de arreboles, me sumergía en un sueño profundo y santo, en el que gozaba una felicidad transitoria.

II.

Lágrimas tiernas y melancólicos suspiros, eran el galardón de mi triunfo; y cuando mis ojos se humedecían de llanto de inefable consuelo, un coro de ángeles me circundaba, armónicos cantares entonaban sus arpadas lenguas, y de su aliento mismo se exhalaban torrentes de animación y de vida.

Yo contemplaba estasiado la hermosa flor de mis amores, en un jardín de heliotropo, de alelías, de jacintos y madre-seiva, en una gruta velada por blanquísimas palomas, cuyo suave arrullo me brindaba el reposo de los niños dormidos en el regazo de su madre.

Halagadoras palabras llegaban á mi oído.

Eran dulces como las brisas que rozaban las cuerdas del laúd del poeta-rey, escitando al amor divino.

III.

Cuando el alba purísima doraba con sus tintas preciosas las cimas de las montañas, y sus rayos de esmeralda, reverberaban sobre las ondas del mar, yo me sentía transportado al mundo ideal de mis ensueños, donde todo es bello, juvenil y poético.

La flor de mi dicha, puesta en el mundo para la alegría de mi alma estaba.

*Di sol vestita,
Coronata di stelle,*

valiéndome de una sublime frase de Petrarca; y cuando ya el rubicundo Febo se ocultaba en el azulado seno de Occidente, ella cerraba el broche de su castísimo cáliz, y yo me dormía con la soledad de los tristes cerca de su trono de reina de mis pensamientos.

IV.

Un día desperté convulso y agitado.

Ya no era el alba como recamo de amatistas: ya no murmuraban á mi oído las armonías del valle y el trino de las aves ensalzando al Hacedor.

Ya no había en la nacarada ribera torrentes de la luz matinal, convidando al marinero al gracioso surcar de su barquilla.

Ya la flor de mi dicha no se columpiaba en un fondo de luminosos destellos.

¡Cómo espresar lo que entonces sentí y lloré!

Crucé los brazos sobre el pecho, lloré con la amargura del proscripto; y desde entonces vivo como noche sin luna, no hallando á mi paso mas que cuadros de desdenosa incredulidad.

V.

La luz, las flores, el mar, las aves, las nubes que se elevan en espirales á la bóveda celeste, todo es triste y sombrío para mi corazón.

Todo es para mí ausencia y soledad.

Todo olvido, todo pesar y prolongados, y eternos suspiros de dolor.

Vagando por las soledades de mi vida, busco en vano la flor que era mi gloria.

¿Será quizá una mariposa celeste, flotando en una región que solo se habita después de morir?

Mas entre tanto que vivo como lámpara que parece estinguirse, agitada por el viento de la

destrucción, ¿quién me devuelve mi pérdida calma? ¿quién el reposo de mi sueño?

Si esta melancolía que me abruma, es la sentencia de tanto amor, tanta dedicación, ¿por qué una vez durante el día, no veo al menos la flor de mis amores?

Manantial de las almas; tesoro de felicidad, aparición de la aurora, avejillas del campo, ¡venid, venid en auxilio de mi doliente vida, y dadme una sombra siquiera de vuestra dulzura! Yo desfallezco de pena.

La melancolía es el estado permanente de mi alma.

.....

VI.

Cuando después de un prolongado sueño de intranquilidad, busco la joya de mi delicia, y no encuentro en torno mio mas que despojos y soledad, recuerdo aquellas horas en que solícito te buscaba y te hallaba, y tú venías á imprimir un ósculo de amor purísimo como el reflejo del sol, que dejaba en mi frente carbunclos de esmeraldas.

Yo, lejos, muy lejos del huracán de las pasiones, te amaba con delirio palpitante de gozo; y tú, toda eras para mí.

Cuando recuerdes de ese vértigo que te separa de mis brazos, ya habrá huido de tí la juventud y la belleza; y al abrir tus ojos para encontrar el panorama de la gloria, como la flor deshojada por el viento en yermo solitario, solo te restará el silencio de las tumbas, adonde buscarás vanamente el reposo de tus días de candor y de inocencia.

Yo entonces quizá en la otra vida, ya no podré tenderte mi mano; pero si arrepentida buscas el cielo, el perdón del Eterno, te hará descender á la tumba lavada de tu culpa exhalando tu postrer suspiro, acordándote de mí, y volverás al cielo á ser mía.

JOSÉ LOPEZ DE LA VEGA.

EN LA ORILLA DEL MAR.

El sol nos abrasa, Mercedes,

Huyamos sus rayos de fuego

Buscando á la sombra sosiego

Bajo ese escarpado peñón;

Ahí puedo tender yo mis redes,

Ahí llegan las ondas serenas,

Ahí quiero contarte mis penas,

Decirte cuál es mi pasión.

¡Ah! mira qué bella es la playa

De conchas sembrada y mariscos,

Cercada de toscos apriscos

Teniendo la mar á sus pies:

Hermosa, imposible es que haya

Mas grandes, mas puros placeres

Que oírte decir que me quieres

Mirando el paisaje que ves.

Tu cuello al marfil asemeja,

Tus ojos al cielo tranquilo,

Tus dientes parecen un hilo

De nácar, que guarda un coral;

Tu amor, ¡oh Mercedes! me deja

Besar tu rosada mejilla...

Bendita por siempre esa orilla

Que ve nuestro amor sin igual.

El sol nos alcanza, Mercedes,

Ya llegan sus rayos de fuego

Huyamos de aquí, y el sosiego

Busquemos en otro peñón

Do pueda tirar de mis redes

Que cubren las ondas serenas,

Y allí te diré yo mis penas,

Mi grande, mi ardiente pasión.

A. M. DE I.

ROCAS CALIZAS EN LA SIBERIA

ORIENTAL.

FRAGMENTOS DE LOS APUNTES DE UN VIAJERO.

Hay algunas vistas notables entre el pristan de Chaytanskoi; é Ilmskoi las rocas de piedra

caliza presentan formas muy variadas, y en muchos puntos tienen trescientos ó cuatrocientos pies de altura.

En algunos sitios la posición del terreno es vertical, con picachos reunidos como la denominada los *Cuatro Hermanos*, probablemente á causa de unos ladrones célebres que (según voz pública) habitaron una caverna cerca de dichas rocas.

Ilmskoi es una pequeña aldea, agradablemente situada en un brazo del río, donde otra corriente de agua, después de atravesar un peñascoso valle, se une al Tchoussowaia

El río corre al través de un desfiladero de rocas calizas, donde se elevan peñascos de distintas formas hasta la altura de cuatrocientos pies. Algunos parecen ruinas de antiguos castillos; en otros sitios las rocas son perpendiculares, estendiéndose á lo largo semejantes á una pared; y no lejos de allí, divididas en masas enormes, semejan á estribos que sostienen las ruinas de un mundo anterior al actual.

Entre aquellos precipicios hay grandes cavernas que se prolongan en las montañas, y forman diferentes galerías. Examiné una, alumbrada por hachas de pino que llevaban dos de mis compañeros, y hallé que la entrada solo tenía quince pies de alto y ocho de ancho. A cosa de treinta pies de la abertura exterior, la caverna forma un círculo de veinte y ocho pies de diámetro y cuarenta y cinco á cincuenta de alto; no distinguí ninguna estalactita. Para internarse en las rocas había que pasar por una estrecha abertura.

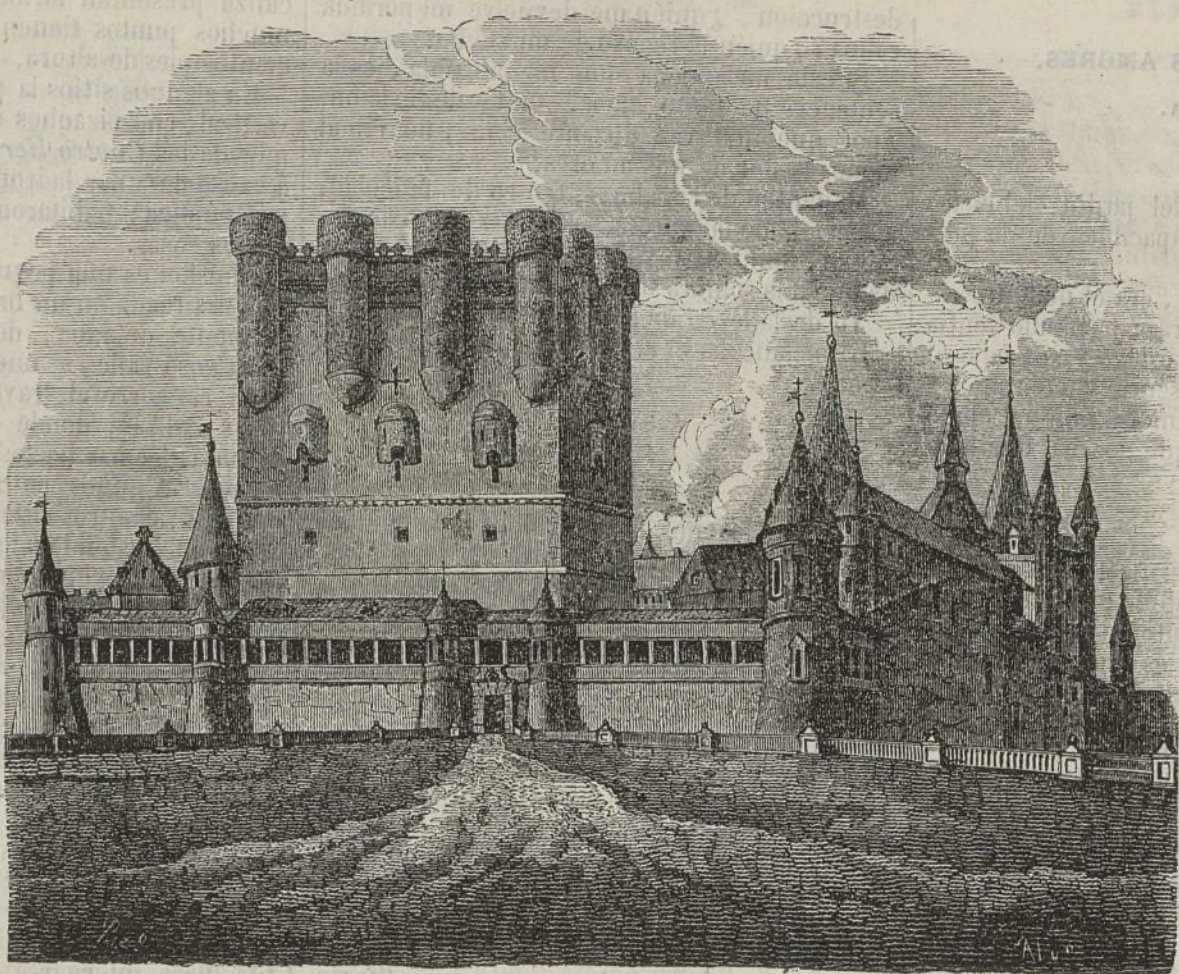
Examiné otra caverna, algo mas abajo, cuya entrada era pequeña y la galería baja y estrecha. Llevando cuatro hombres conmigo, y cada uno de nosotros un manojo de astillas de pino encendidas en la mano, penetramos en la estrecha galería hasta unos ciento veinte pasos; y entonces se presentó á nuestra vista una caverna de forma irregular, pero muy grande, y que se dividía en dos direcciones. Tomamos la de la izquierda, que en algunos puntos tenía ocho y en otros doce pasos de de anchura, y uno cuarenta ó cincuenta pies de altura. Montones de rocas desprendidas nos impidieron al fin continuar avanzando. El piso estaba perfectamente seco, y aquella parte no contaba menos de ciento cuarenta y tres pasos de longitud. La derecha por donde penetré luego, era mucho mas ancha. Me fue imposible ver el techo. Anduvimos cerca de trescientos pasos, y encontramos entonces el suelo cubierto de trozos de piedra caliza, algunos de gran tamaño. Después de trepar por encima de las rocas, llegamos á un piso llano, donde el ancho era de nueve pasos, y cuyo techo formaba un ángulo agudo. Un poco mas allá torcía á la derecha, terminando en una estrecha abertura, por la que descendía una pequeña cascada, que, á la luz de las antorchas, parecía una lluvia de diamantes. La abertura era muy profunda; arrojé en ella muchas piedras, y las oí saltar de lado á lado por algunos segundos. Este punto se halla á quinientos ó seiscientos pasos de la entrada. No encontré ni estalactitas ni restos de animales; el piso es de piedra caliza.

No lejos de estas cavernas vi un pedazo de roca bajo el cual enterraron á un hombre que había caído de los peñascos que con sus altos pinos dominan aquel paraje solitario y á propósito para tan trágico suceso. Al pie de los peñascos hay un corto espacio de tierra adornada de verde césped, y en medio está la fatal piedra. Rara vez es visitado aquel sitio, y los lobos y osos descansan allí sin temor de que nadie los moleste.

TOMÁS WITLAM ATKINSON.

TODO PASA.

Todo pasa en la vida;
todo, prenda querida.
Oye si no la verdadera historia
que trae á mi memoria
lo que probar intento,



VISTAS DE ESPAÑA.—Alcázar de Segovia.

y será de mi dicho el argumento.

Buscando cierto día
papeles olvidados,
encontré un cuaderno manuscrito,
en cuyo forro escrito
este letrado había:

—«Amores ya pasados»—

—«Goces del alma mía.»—

Sorprendido de ver aquel letrado,
abro el libro, leyendo lo primero:

—«Quince de marzo: Luisa es mi esperanza.

»¡Si me quisiera como yo la adoro!

»mas tal dicha no alcanza

»quien siempre infortunado vierte lloro

»sin hallar en su duelo

»jamás dulce consuelo.»—

Mas abajo decía:—«¡Soy dichoso!

»Amarme Luisa jura;

»también juró mi labio tembloroso

»quererla con fe pura.»—

Las hojas repasando,

hallo en doce de abril escrito:—«¡Olvido!»—

y á los pocos renglones:

—«Amalia bella, ¿cuándo

»veré mis ilusiones

»logradas, y mi amor correspondido?»—

Paso adelante y leo:

—«Toqué la realidad de mi deseo;

»es Amalia mi solo pensamiento,

»suyo es mi corazón, suyo mi aliento.»—

Sigo después leyendo:—«Agosto veinte:

»jamás pudo mi mente

»soñar una mujer tan peregrina

»cual la hermosa Angelina;

»la querré eternamente.»—

Así continuaban

otras anotaciones

y por último, el libro terminaban

los siguientes renglones:

—«¡Todo pasa en la vida!

»los felices amores,

»la gloria apetecida,

»el placido gozar, el sufrimiento,

»la esperanza, la dicha y el contento.»—

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

A....

Nace una flor en el ameno prado
Y esparciendo su aroma en el ambiente,
Embragada en su dicha no presiente
Que el soplo de aquilon la hará morir.

Amorosa la mece suave brisa,
Y al arrullo, feliz, de sus amores,
Desprecia, sí, del cierzo los rigores
Creyendo que por siempre ha de vivir.

¡Ay! no sigas su ejemplo, hermosa mía
Ni confíes jamás en el mañana;
Que puede tu esperanza salir vana
Y con ella perder una ilusión:

El placer de este mundo no es eterno,
Ni eternos son tampoco los amores;
De la vida en el curso, ¡cuántas flores
Marchitarse ha de ver tu corazón!

ANTONIO GALTERO Y FORNER.

ILUSION.

Viendo un ave, prenda mía
en el espacio volar,
así la dije al pasar:

—¿Mi amor acaso te envía?»—

Pero noté que seguía
veloz su rápido vuelo,
indiferente á mi duelo.

¡Hasta en el ave ligera
piensa ver quien triste espera,
la realidad de su anhelo!

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

SERENATA.

Blanca azucena,
rosa temprana
á tu ventana
canta el amor.
Si estas despierta
abre la reja
oirás la queja
del trovador.

Te ví en el baile
linda y hermosa,
bella y airosa
cual una flor;
desde aquel día
perdí el sosiego
y siento un fuego
abrasador.

A nadie cuento
lo que me pasa,
fuera y en casa
niego el dolor;
y sin embargo
me contradicen,
todos me dicen
que tengo amor.

Flor de las flores
el lecho deja,
sal á la reja
mi dulce amor;
quiero decirte
por despedida
tuya es la vida
del trovador.

M. F. EL FLACO.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses. — Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo. — Las reclamaciones por pérdidas de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Jerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo 63; y en la Publicidad, pasaje de Matheu. En Provincias, Extranjero y Américas, en casa de los correspondientes de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.